

RAFAEL ALBERTI

DOS RETORNOS

I

RETORNOS DE UNA SOMBRA DE VERANO

A TIENTAS el amor, a ciegas en lo oscuro,
tal vez entre las ramas, madura, alguna estrella,
vuelvo a sentirlo, vuelvo,
mojado de la escarcha caliente de la noche,
contra el hoyo de mentas tronchadas y tomillos.

Es él, único, solo, lo mismo que mi mano,
la piel desparramada de mi cuerpo, la sombra
de mi recién salido corazón, los umbrosos
centros más subterráneos de mi ser lo querían.

Vuélve único, vuelve
como forma tocada nada más, como llena
palpitación tendida cubierta de cabellos,

como sangre enredada en mi sangre, un latido dentro de otro latido solamente.

Mas las palabras, ¿dónde?

Las palabras no llegan. No tuvieron espacio en aquel agostado nocturno, no tuvieron ese mínimo aire que media entre dos bocas antes de reducirse a un clavel silencioso.

Pero un aroma oculto se desliza, resbala, me quema un desvelado olor a oscura orilla. Alguien está prendiendo por la yerba un murmullo. Es que siempre en la noche del amor pasa un río.

II

RETORNOS DE UNA SOMBRA MALDITA

¿SERÁ difícil, madre, volver a ti? Feroces somos tus hijos. Sabes que no te merecemos, que una sombra maldita nos desune, nos separa de tu agobiado corazón, cayendo atroz, dura, mortal, sobre sus telas, como un oscuro hachazo, No, no tenemos manos, ¿verdad?, no las tenemos, que no lo son, ay, ay, porque son garras, zarpas siempre dispuestas

a romper esas fuentes que coagulan
para ti sola en llanto.
No son dientes tampoco, que son puntas,
fieras crestas limadas incapaces
de comprender tus labios y mejillas.
Han pasado desgracias,
han sucedido, madre, verdaderas
noches sin ojos, albas que no abrían
sino para cerrarse en ciega muerte.
Cosas que no acontecen,
que alguien pensó más lejos,
más allá de las lívidas fronteras del espanto,
madre, han acontecido.
Y todavía por si acaso hubieras,
por si tal vez hubieras soñado en un momento
que en el olvido puede calmar el mar sus olas,
un incesante acoso,
un ceñido rodeo
te aprietan hasta hacerte
subir vertida y sin final en sangre.
Júntanos, madre. Acércame
esa preciosa rama
tuya, tan escondida, que anhelamos
asir, estrechar todos, encendiéndonos
en ella como un único
fruto de sabor dulce, igual. Que en ese día,

desnudos de esa amarga corteza, liberados
de ese hueso de hiel que nos consume,
alegres, rebosemos
tu ya tranquilo corazón sin sombra.